



## KARL DE KEYZER

### CLARO DE LUNA

La luz es materia caprichosa y esquiva. Tiene no sólo el encanto de su cuerpo sino un olor suave y táctil que es capaz de clavarse en el nivel más genial de la memoria. Así hay diversos, pero concretos por otra parte, tipos de luz y de luces que corresponden a marcos y entornos geográficos muy determinados.

Marco y luz caminan y se trasladan a cuestras y recostados. Un maritaje en el que ambos son uno y hacen que aquella sensación perceptual sea el todo porque la experiencia que conceden con su goce y disfrute cautiva, sobrecoge, impresiona, engancha, aturde, esclaviza obligándote a la postre a la reincidencia.

Esta, entre otras, es una de las razones para atender tanto el género de la fotografía de reportaje sobre tierras lejanas como la evolución que desde éste se ha producido para generar otros géneros. La fotografía de viajes y de viajeros y la opción de los diarios de via-

je como elaboración más sutil y subjetiva que los anteriores.

Se entiende que de viajes son todos aquellos trabajos que vocacionalmente pretenden recuperar marcos no habituales a nuestra norma de ocupación y que tienen el interés y el esfuerzo, pocas veces culminado por otra parte, de aproximarse y describir los espacios culturales que se visitan, pasean, apean y que por justificar cierta experiencia emotiva o de coleccionismo si se desea o por certificar cierta fe de vida con la que justificarse y proyectarse. Pero ocurre que el mercado potencial que antaño existió para los grandes y espectaculares reportajes de tierras extrañas y exóticas ha desaparecido de los soportes tradicionales y los especializados que subsisten (tipo National Geographic, Geo, y etc.) son verdaderos cotos cerrados con los que es complejo mantener relaciones profesionales o entrar a formar parte de sus equipos habituales (la oferta es superior a la demanda mien-

tras el mercado está claramente depauperado; también ocurre que estos soportes, tan especializados, funcionan cada vez más con filosofías y criterios editoriales obsoletos). Por otro lado, en la deformación a la que hemos llegado, este tipo de medios imponen cierta y obligada uniformidad en la metodología, en la estructuración visual y en el enfoque filológico del asunto a sus colaboradores de modo tal que independientemente de que la potencial personalidad de los mismos se convierte en una anécdota, aburren hasta lo soberano y la invariación en los temas y en el tratamiento de sus contenidos los hace monótonos y poco llamativos. En definitiva, da igual, inclusive, que lleven firma. Todo se parece a todo, en términos generales.

A pesar de todo el ejercicio-placer de viajar no desaparece ni la costumbre de fotografiar los hábitats y personajes de los lugares a los que se acude. La salida a todos estos esfuerzos suele reducirse a esa calificación tan con-



fusa llamada —obra personal— (generalmente alejada de la verdadera autenticidad de los lugares y gentes pues la visitación por lo común suele ser superficial en unos casos, en otros demasiado estética y poco globalizadora en definitiva) útil para alimentar los circuitos especializados (galerías y edición de portafolios; en algún caso, se convierte en un libro editado en unas condiciones poco favorables para el autor del mismo). También a trabajar los proyectos de viaje y el viaje en sí mismo desde la perspectiva de la memoria o el diario correspondiente bajo el modo de los viejos cuadernos de viajes.

Esta respuesta, ciertamente imaginativa y que puede ser una solución de continuidad del género, tiene bastantes antecedentes dentro de la corta historia de la fotografía. Por su interés (debido a la publicitación de que han gozado) señalaría tres casos. Lee Friedlander (1934- ) en cuyo trabajo centrado en el paisaje social captura los sucesos transitorios

como una yuxtaposición a la información visual. Por tanto no existe ni drama ni narración visual. La fuerza reside en el contenido de los detalles generalmente ignorados y, en su trabajo más personal, incorpora el autorretrato como un evento social del paisaje. Danny Lyon (1930- ) investiga la relación entre fotografía y poesía en las tomas que realiza mientras deambula por los lugares y como él comenta: «Distintas imágenes, directamente percibidas, empiezan a reemplazar la necesidad de las orientaciones verbales». Por último hay que comentar el trabajo del amigo Bernard Plossu, que es algo así como la vanalidad de los encuentros en el modo de un diario desprovisto, intencionadamente, de referencias literarias. El juego está en los potenciales sensoriales y en la ocupación del territorio al que incorpora su fuerza telúrica o su caracterización atmosférica.

De Carl De Keyzer, en principio, se podría decir que pertenece a esta última corriente de

fotógrafos. Como europeo es notable la trastienda estética que posee y ese márchamo del refinamiento humanístico que le da un toque entre decadente y cínico. Eso está claro en la elección del sujeto que trabaja al que mira con bondad pero con la distancia justa para no implicarse con él. Esto le da el goce de saber hallar una valoración de matiz que es el que realmente hace que su trabajo resulte en conjunto tan interesante. Salvadas esas distancias (las típicas cuando se viaja con la guía azul para abrir camino), hay otro valor, que llamaré «El Claro de Luna», que sí que supone una aportación al lenguaje fotográfico al estar tan bien sistematizado en su obra. Me refiero al carácter impresionista que extrae de la luz (recordemos la hora mágica) y la vibración sensorial que produce en el lector ese distanciamiento de golpe de flash sobre el efecto anterior. Y todo ello sin abandonar la elegancia que cualquier historia, por sencilla que sea, siempre contiene en su interior.

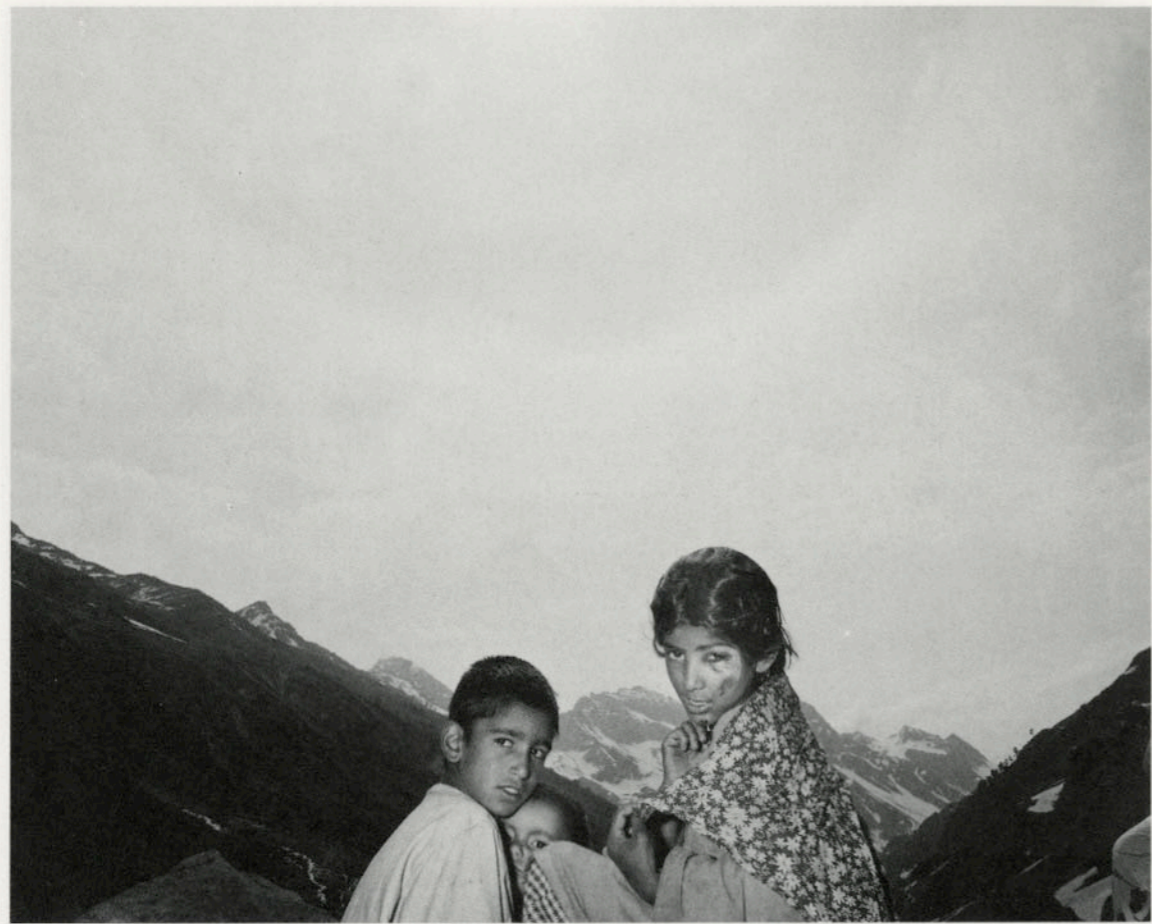


## CARL DE KEYZER

Para reforzarlo Carl De Keyzer nos obliga a detenernos en la lectura de la imagen porque en cada una descubriremos el elemento sorprendente que servirá para hacernos gozar de algún sentimiento: ternura, cierta angustia, alegría, coqueteos, etc. Y todos ellos guardados en los segundos niveles de lectura para hacernos ésta más eficaz. Un juego que se evoca sobre lo exótico que aunque explorado no está suficientemente explotado. Carl nos propone un baño de Claro de Luna (más el flash) bajo el cielo. El imperio, nuestro gran territorio, queda enterrado en sus imágenes a cachos.

**Koldo Chamorro**

Septiembre 28, 1987.



HUBERTO RIVAS

The first thing I saw when I stepped out of the plane was a vast, open landscape. The air was crisp and clear, and the ground beneath my feet felt like a different world. I had heard that the mountains were beautiful, but I didn't realize how much they would captivate me. The peaks were jagged and steep, and the valleys were lush and green. It was a sight I would never forget.

As I walked through the fields, I saw children playing and women working in the fields. They were all smiling and welcoming, and it felt like I had found a new home. The people here were so kind and generous, and they made me feel like I was part of their community. I had never experienced anything like this before, and it was a truly wonderful experience.

The mountains were the heart of the region, and they were the source of life. The water from the mountains flowed through the valleys, and it was what made the land so fertile. The people here had a deep respect for the mountains, and they took care of them with love and devotion. It was a beautiful sight to see, and it was a reminder of the power of nature.

I had heard that the mountains were beautiful, but I didn't realize how much they would captivate me. The peaks were jagged and steep, and the valleys were lush and green. It was a sight I would never forget.